

# A veces prosa Tauromaquia novelística

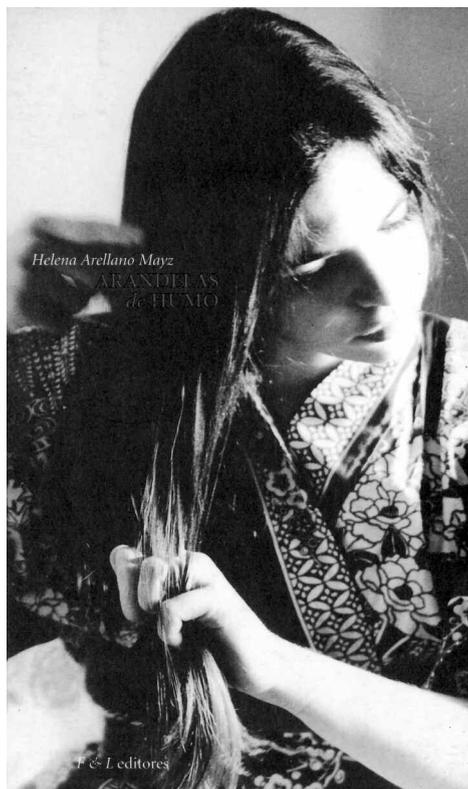
Adolfo Castañón

I

Nunca sé si un libro me ha gustado verdaderamente hasta que su trama y personajes llegan a mi conversación —y sólo sé si el texto le resultó simpático e inteligente a ése que habla en mí para el otro. Empecé a leer *Lances, lunares y luces*, la novela de Helena Arellano Mayz—con cierta desgana—, pero una vez que la tomé una tarde ociosa de sábado en que andaba huyendo por las ramas de un texto pendiente sobre el *Quijote*, la leí de corrido y casi sin aliento, con simpatía creciente. Más tarde, pasé al estado escrito las líneas que siguen adelante. Sin embargo, la novela se “posicionó” en mi mercado interior al calor y socaire de una conversación con una antigua amiga entre los corredores no de una plaza de toros sino de un aeropuerto. Ahí descubrí cuánto me había complacido su escritura y también qué poco quedaba del milagro leído en la tibia transcripción que sigue, y que vengo a leerles más como un saludo que incluye una disculpa y un tributo amistoso que como una exposición crítica cabal y a la altura de esta —ahora no temo decirlo— obra de arte, cosa tan escasa en los mercados literarios de nuestros días donde predominan las construcciones hechizas y los perendengues postizos.

II

Las ocho sílabas que titulan la novela de la escritora y artista plástica venezolana Helena Arellano Mayz, con su par de sugerentes hexámetros: “lances” amorosos y taurinos, lunares que connotan la belleza femenina y cierta calculada imperfección, luces, que remiten a estrellas co-



mo lentejuelas en un traje o aun al brillo de los ojos.

La novela o más bien la unamesca “nivolá” de Lucía Lugo de Helena Arellano Mayz se planta en medio de la página con una fingida indecisión que ya anuncia el contrapunto de sueño y realidad, fantasía y experiencia (“¿Sabré picar las espuelas?”). En sus tres primeras líneas: “ansiosa, tapo y destapo la plana. Velo mi única arma ¿sabré picar las espuelas?”, se transparenta el complejo impulso que la llevará hasta las palabras con que remata su novelesca trama, casi diría su varia lección de romances criollos:

“—Por cierto, tanto hablar de fiesta brava, ¿y tú bailas sevillanas? —interrumpió su silencio.



“—No.

“—Yo tampoco.

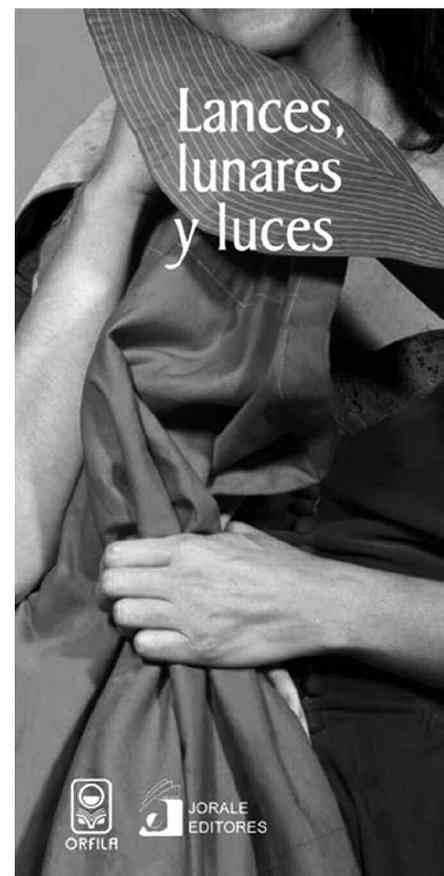
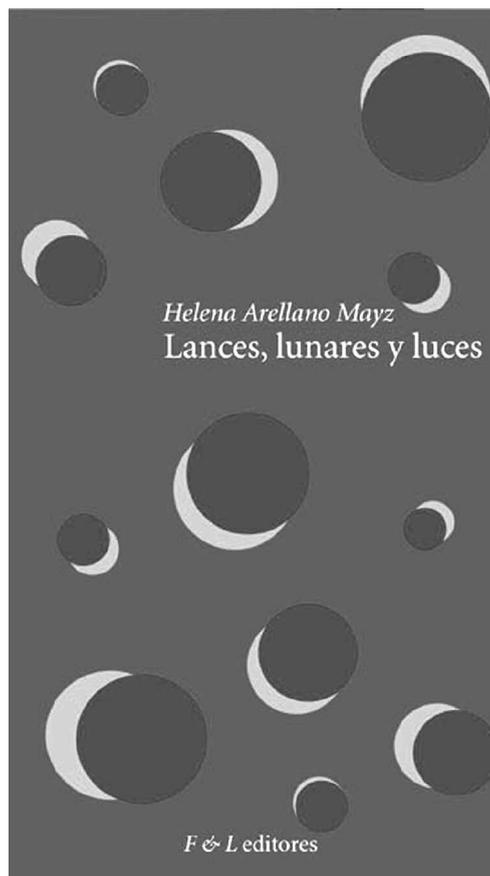
“—¿Y el baile del perrito?

Sonreí. Él gruñó. Y sin mediar una palabra más salimos a dar un paseo. Había subido la marea. Era noche de luna llena”.

En medio de las ciento setenta y siete cuartillas —no encuadradas y recién salidas de la impresora que me tocó leer ahora transfiguradas en un hermoso libro coeditado por Jorale Editores y Grupo Editor Orfila-Valentini y con una sugerente fotografía de Katyna Henríquez Consalvi—, saltan los duendes del poema y de la fábula como banderilleros sobre el lomo del soñado toro en cuyas astas míticas y a la par concretas se agitan, como hojas de calendario, los modismos y manierismos de ese ofi-

cio ritual —no me atrevo a llamarlo deporte— que es el del doble sacrificio llamado Fiesta Brava y que aquí cifran las siluetas del Cordobés, Luis Miguel Domínguez. Y quien dice Fiesta, dice lujo, dice mito como el de Ariadna y el Minotauro, derroche y a la vez ceremonia, forma contenida, conocimiento preciso de usos y costumbres animales, fascinación y gobierno de las diversas imágenes y datos reales que arman esta construcción verbal donde una amorosa espectadora se asoma a las entrañas, toriles y cuadriles, que deslindan el ruedo del toreo. Quien dice Fiesta dice también lujo, momento excepcional, dice día domingo de la sensibilidad que practica sus abluciones para llegar a “juzgar rigurosamente” el arte de contemplar al matador, a los matadores. El toro sólo muere o sólo es indultado *una vez*; el torero, es matador de muchos astados. ¿Y la voz novelista que sigue a los *lances*? Es, desde luego, agonista —las describe sufriendolas, gozándolas y prendiéndolas como mariposas— de muchas corridas, de muchos lances, de varios, al menos dos o tres amoríos, o aun cuatro lances. La narradora de los lances es, a la par, elegante y valiente, arrojada y pudorosa.

Pero tras ruedos y novillos, arenas, toros, corredores y ciudades, o más bien entre ellos resuenan las voces de su fábula que ella va siguiendo o cazando como alondras hasta lograr transmitir al leyente la experiencia contemplativa del que atiende la coreografía de ese ritual atroz y seductor con el alma en un hilo. Es el hilo de la narración, el hilo del traje de luces que se deshilvana en la historia o con ella sin que lo toque nunca la muerte. La petición de principio es el arma más burda de lo que suele conocerse como crítica literaria. No quiero tocar para Helena Arellano esa puntilla del falso tiro de gracia. Maravilla —lo constatado así— que en una trama tejida entre la ceremonia arcaica del sacrificio mitraico y



el clavecín del deseo y del amor no aflore la gota oscura de la crueldad. Yo no creo que esto sea fortuito. Hay en *Lances...* una deconstrucción, que no una demolición, del arquetipo de la mujer fuerte que se encarnó, por ejemplo, en la telúrica *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. Y una substancia verbal tejida sagazmente para un oído educado y capaz de apresar los ecos y arranques del habla viva. Creo que Helena Arellano, con la toga pretexta con que repasa las verónicas y chicuelinas por sus personajes y paisajes, está yendo más allá del desamor y del desarmar para disolver la boba substancia del machismo al par que aspira a reinventar al sesgo, acaso sin saberlo, el antiguo derecho materno que documentó el alemán Jan Jacob Bachofen para beneficio del viejo Federico Engels en *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*. Los *Lances* de

Arellano no se fijan —en el sentido químico de la palabra— ni en la corrida, ni en el animal de dos espaldas presentado por el amor. Y no se fijan porque su fábula se arma en el reajo y desde el plano oblicuo de otras regiones. A diferencia de Michel Leiris, la escritura tauromáquica de Arellano no se fija en el ritual hematolátrico como una meta para el autoconocimiento, sino que, a la letra, se lanza, y se escapa de ese circular altar hecho de arena, para ir a buscar su cresta inteligente y convergente en el lugar, en el espacio desde donde la escritura se hace posible: desde la vida examinada. [U]

Texto leído en la presentación de la obra el día 27 de noviembre, en la vigésimo cuarta edición de la Feria del Libro de Guadalajara, en presencia de la autora, Julio Ortega y los editores.

Es el hilo de la narración, el hilo del traje de luces que se deshilvana en la historia o con ella sin que lo toque nunca la muerte.